

Crisis y creación. Apuntes para una historia de la revista *Pasado y Presente*

Alicia Rubio

Alicia Rubio es alumna en la Maestría de Sociosemiótica, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba

ESTUDIOS • Nº 5
Julio 1995
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

*Era el mejor de los tiempos y el peor;
la edad de la sabiduría y de la tontería;
la época de la fe y de la incredulidad...*

José M. Aricó

Una lectura de la historia del Partido Comunista Argentino mostraría que, desde sus orígenes, predominó en él una tradición obrerista y anti-intelectual. Pero estas políticas partidarias de carácter inapelable nunca logran una uniformidad sin fisuras. La rígida política asumida por la dirección del Partido generó lo que podríamos denominar una esquizofrenia, con la que se pretendió evadir el cerco trazado por la ortodoxia: dentro del ámbito institucional los grupos "culturalmente disidentes" manejaban un discurso acorde con el utilizado por la dirigencia; fuera de él se leían y discutían autores vedados. Se llegaba a una coexistencia de textualidades conocida por aquellos dirigentes que habían estimulado lecturas transgresoras del límite fijado por la ortodoxia.

Otro de los temas que amplían la brecha entre estos sectores y la conducción fue el proceso de desestalinización que surgió como consecuencia del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en 1957. El debate, instalado en todos los Partidos Comunistas, adquiere dramatismo en el informe de Palmiro Togliatti al Comité Central del Partido Comunista Italiano: "Las violaciones de la legalidad y los crímenes cometidos en la dirección del partido, de las fuerzas armadas y del Estado bajo la responsabilidad de Stalin, constituyen una tragedia terrible que pesa hoy todavía sobre el espíritu tanto de las viejas como de las nuevas generaciones y de la cual no se han liberado todavía. Es muy probable que la base pedirá aclaraciones sobre todos los hechos y los comunistas no pueden comportarse como ciertos historiadores católicos, que en la galería de los grandes papas ubi-

can también a Alejandro VI, olvidando decir lo que fue en realidad. Por otra parte, la denuncia es indispensable cuando hay que establecer una barrera contra la vuelta a un pasado que debe ser enterrado para siempre”.¹ Contrariamente a lo reclamado por Togliatti, la revisión realizada por el Partido Comunista Argentino fue de carácter limitado y formal.

Este contexto político abría un abismo entre las posiciones tomadas por la conducción partidaria y los sectores de la juventud que viven un doble proceso: comparten el avance de un discurso revolucionario que desde su sede triunfal en Cuba se irradia al resto de Latinoamérica y pertenecen a un Partido que se muestra como una organización que dista de ir a la vanguardia de los acontecimientos y que, antes bien, desempeña un papel pasivo en la lucha por el poder. ¿Cómo ser entonces revolucionario en un partido que no lo es? La caída del *aura* pondrá fin a la épica partidaria haciendo estallar los grillos dogmáticos que acabarán con las jerarquizaciones vacuas. Tal parece haber sido la consigna tácita de quienes fundaron la revista *Pasado y Presente*. Sus hacedores, José Aricó, Héctor Schmucler, Oscar del Barco y Samuel Kiczkovski, se proponían hacer circular material propio y de autores extranjeros que el partido tendía a excluir. El clivaje tuvo como legitimador a Antonio Gramsci. Su pensamiento colaboró en la elaboración de estrategias simbólicas para que, los encuentros con las vanguardias, hasta entonces furtivos, desbordasen sin pesar el núcleo ideológico partidario. Era Gramsci quien había criticado la automarginación de los intelectuales del proceso histórico de su país. Quizás el temor de incurrir aquí en el mismo error articulaba un espíritu renovador que pretendía formalizar dentro de la topología del Partido Comunista los hasta entonces esporádicos escarceos de algunos de sus intelectuales con el pensamiento italiano.

La revista

Revista de Ideología y Cultura: así se titulaba *Pasado y Presente*. El epígrafe a lo que se podía denominar el editorial del primer número apela a la veta gramsciana: “¿Cómo y por qué el presente es una crítica al pasado además de su superación? ¿Pero el pasado debe por esto ser rechazado? ¿Es preciso rechazar aquello que el presente criticó en forma *intrínseca* y aquella parte de nosotros que a él corresponde? ¿Qué significa esto? Que debemos tener conciencia exacta de esta crítica real y darle una expresión no sólo teórica sino política. Vale decir, debemos ser más adherentes al presente que hemos contribuido a crear teniendo conciencia del pasado y de su continuarse (y revivir)”.² Aricó aludía a la necesidad de una autocrítica partidaria que, pese a las recomendaciones del XX Congreso del PCUS, no se había llevado a cabo.

En este primer editorial de *Pasado y Presente* es posible detectar un *nosotros* en principio difusamente definido: “... toda revista es siempre la expresión de un grupo de hombres que

1.- Palmiro Togliatti; Sobre el xxii Congreso del PCUS; Revista *Pasado y Presente*, nº 3, 1963, pág. 207.

2.- Citado por Aricó, *Pasado y Presente*, nº 1, abril de 1963.

tiende a manifestar una voluntad compartida, un proceso de maduración semejante, una posición común frente a la realidad. Expresa, en otras palabras, el vehemente deseo de elaborar en forma crítica lo que es, lo que se ha llegado a ser, a través del largo y difícil proceso histórico que caracteriza la formación de un intelectual".³

Todo el texto del primer editorial estaba cruzado por una actitud de revalorización del intelectual. Esto marca también la influencia gramsciana: el importante papel otorgado por el filósofo al intelectual orgánico en la lucha por la constitución del bloque hegemónico. El grupo se explica como "la maduración de una generación de intelectuales (...) que tiende a expresarse en la vida política con acentos particulares".⁴

Simultáneamente el escrito define un *ellos*. En principio eran las viejas generaciones que comandaban al Partido Comunista Argentino, al país y a los grupos culturales. Esta divisoria de aguas planteada fue acusada de orteguiana pese a la aclaración formulada acerca de que este concepto no desplazaba al de clase social: "no siempre se perfila una nueva generación" —pero ésta era una de esas oportunidades— "... caracterizada por una marcada tendencia a la ruptura revolucionaria". Esta generación no reconocía maestros ni en las clases dominantes que carecían de recursos intelectuales para serlo, ni en el proletariado que no había podido lograr una coherente dirección intelectual y moral. En el editorial arrecian las fuertes críticas: "Cuando se parte del criterio de que somos depositarios de la verdad y que en la testarudez o en la ignorancia de los demás reside la impotencia práctica de aquélla; cuando concebimos a una organización revolucionaria como algo concluido (...) damos las bases para que entre nosotros mismos se replantee, y otra vez en forma virulenta, un conflicto que no es esencial, estructural, en el proletariado y menos en su vanguardia organizada. Un conflicto que está vinculado a la existencia de clases dominantes y a la dificultad que aquéllas encuentran en dirigir a sus jóvenes".⁵ No fue por azar el que se hablara de clases dominantes. Por el contrario, creemos que se trata de un análisis que apela a la comprensión de aquéllas en su relación con la imposición de tradiciones selectivas que refuncionalizan las viejas producciones culturales e incorporan las nuevas teniendo por objeto reafirmar su hegemonía. De allí la cita de Gian Carlo Pajetta: "Entonces nuestro partido no estaría vivo, no vería afluir a los jóvenes con entusiasmo y con heroísmo, sería un museo de solemnes oleografías o simplemente un partido conservador en vez de revolucionario".⁶ Se imponía la realización de cambios, pero la presión de una cúpula que transformaba cualquier inquietud en una aberrante interpelación a los tótems de la tribu, era un problema generalizado después de la caída del stalinismo.

Era también un objetivo perentorio indagar el pasado reciente para descubrir las causas que mantuvieron alejado al proletariado del partido. Y para ello no debían interponerse los

3.- *Pasado y Presente*, nº 1, *op. cit.*, pág. 1.

4.- *Ibidem*.

5.- Entrevista con José Arió, *op. cit.*

6.- *Pasado y Presente*, *op. cit.*, pág. 4.

viejos cuadros que eran responsables de dicho desencuentro. ¿Era posible que militantes del PC participaran de una publicación de este tipo sin generar una conmoción dentro de él? Se hubiera requerido de una dirigencia muy lúcida, que a través de un amplio debate estuviera dispuesta a asumir sus errores del pasado. Y no era el caso del Partido Comunista Argentino.

Todos estos planteos no dejaban dudas en torno al futuro del grupo editor de *Pasado y Presente*. La expulsión no se hizo esperar. En este sentido quizás fuesen pavesianos: “Los suicidios son homicidios tímidos. Masoquismo en vez de sadismo”.

Se ha dado una explicación acerca de la virulencia en la respuesta dada por la conducción del PC a la naciente publicación. Pero más allá del peligro de fraccionarismo presente, era atendible que esa microsociedad no resultara fácilmente permeable a la rápida difusión de todos los movimientos de cambio que en progresión geométrica se expandían por el mundo. La desestalinización ponía en guardia a los comunistas. Preocupaba que los que hasta hace poco tiempo convivían en las mismas publicaciones, se sintieran con derecho de criticar lo que antes se ensalzaba. Probablemente el partido percibía en todos los movimientos una amenaza de fragmentación del campo popular. Un giro del caleidoscopio mostraría a un PC que había dejado de ser la única alternativa anti-*establishment*.

Era casi lógico que el tipo de recorte del campo intelectual, que exigía la proscripción de determinados temas y autores, desencadenara rupturas y empujara a la oposición a grupos que en principio aparecían como alternativos. En este sentido es muy ilustrativo el testimonio de Lionel Trilling sobre su experiencia en la revista *Partisan Review*: “Tiene cierta importancia que *Partisan Review* comenzara su carrera como órgano en el campo cultural al servicio del Partido Comunista. Considerándolo por momentos al margen de la política, el programa cultural del mismo en este país ha favorecido más que cualquier otro factor intelectual a ese divorcio de que se ha hablado entre la política y la imaginación. Basándose sobre un gran hecho del pensamiento, ha conseguido racionalizar la limitación intelectual y al cabo de veinte años no ha producido una sola obra de jerarquía ni siquiera una de gran respetabilidad. Después que *Partisan Review* rompió con el Partido Comunista, buena parte de su propia vitalidad intelectual provino de sus años de conflicto con la cultura comunista en tiempos en que nuestra clase educada, en su culpa y desconcierto, se inclinaba a aceptar con seria buena fe la dirección cultural del partido”.⁷

Aunque se busque evitar falsas antinomias queda en el aire la pregunta sobre si este enfrentamiento no iba de la mano de aquel que era uno de los puntos en los que hizo hincapié *Cuadernos de Cultura*, la revista del Partido Comunista, en el número dedicado a rebatir a *Pasado y Presente*: ¿Era posible acudir a la totalización sin caer en el aborrecible horror a la materia? “Para superar esta *fase primaria* del reflejo y del *materialismo precrítico* es menester

7.- Lionel Trilling; *La imaginación liberal*, Buenos Aires, Sudamericana, 1956, pág. 119.

la totalización con Merleau-Ponty, Sartre, etc., o sustituir a Lenin por Gramsci”. Nadie avalaría tamaño desplazamiento en el Olimpo Comunista. ¿Por qué la discusión era llevada a punto muerto, como lo hacen sospechar los artículos de *Cuadernos de Cultura*? En ellos se torna inapelable la voz de la conducción. Y también peyorativa: “Más aún: es casi de buen tono intelectual proclamarse marxista. Despojado de todo sentido militante, reducido a pura filosofía universitaria, si además se tiene el cuidado de amputarle el leninismo y de decorarlo con una prudente dosis de anticomunismo, ese *marxismo* viste bien y proporciona una apariencia de izquierda sin los riesgos de una militancia en la izquierda real. Es una explosión tardía del *enfant terrible* tan castamente tolerado en los salones de las buenas señoras burguesas”.⁸

Cabría preguntarnos por qué jóvenes con tan marcados intereses ingresaron en una organización (el Partido Comunista) que les exigía renunciar a su autonomía intelectual. La respuesta podría ser tomada de un militante estadounidense: “Se había unido a la Liga Comunista de Jóvenes (*Young Communist League*) cuando descubrió que ése era el lugar donde las decisiones eran tomadas y si no estabas con él ‘no estabas donde estaba la acción’”.⁹

Si ésa era la percepción sobre la importancia del Partido Comunista en el campo cultural neoyorkino, ¿qué podríamos decir de quienes debían desempeñarse en el provinciano entorno cordobés que algunos años antes había sido definido por Durrell como “insípido”? La disciplina partidaria imponía límites en las prácticas simbólicas. Quizás la ruptura sobrevino cuando se creyó viable la creación de un campo cultural alternativo que compitiera ventajosamente con el nucleado en torno al Partido Comunista. Sensible a los vaivenes culturales internacionales, el movimiento se repetía a nivel local. Así como en el cuento de Cortázar la obsesiva contemplación de los axolotl terminó por transformar al protagonista en uno de ellos, podríamos decir que la irreprimible atracción del discurso revolucionario llevó al grupo *Pasado y Presente* a creer que ellos eran la revolución. ¿Por qué permanecer entonces en una organización que había dejado de serlo?

La crítica de las armas

El primer número de la revista ya perfilaba lo que sería una de sus líneas temáticas: la difusión de pensadores de izquierda italianos en la sección denominada “Polémica”. Allí se incluían artículos editados en Italia por *Rinascita* que formaban parte de un extenso debate entre filósofos marxistas italianos en torno al problema de borrar o no los vestigios de la dialéctica hegeliana. Siguiendo este plan, en el número dos se publican tres artículos de pensadores italianos acerca del proceso de desestalinización, con una introducción de Aricó, quien se preguntaba si no era equivocado volver sobre un tema que tal vez les interesaba en

8.- Abel García Barceló: “El marxismo leninismo y la denominada totalización del marxismo”, en *Cuadernos de Cultura*, nº 66, Buenos Aires, 1964, pág. 25.

9.- Citado por Theodore Draper; “The life of the Party”, *New York Review of Books*, vol. xli, nº 1-2, New York, January 13, 1994, pág. 46 (la traducción es nuestra).

función de una polémica interna. A esto respondía que el socialismo no se limitaba únicamente a un país como la URSS, sino que era la realidad de los pueblos que querían iniciar su marcha revolucionaria, entre los que se encontraba Argentina. En el editorial del cuarto número el tema regresaba. Se apuntaba que el *binterland* argentino estaba caracterizado por relaciones de tipo precapitalista que convivían con los grandes centros industriales y se denunciaba la alianza entre fuerzas urbanas y rurales. A la vez, se criticaba el análisis reduccionista del PC que veía al imperialismo y a las formaciones industriales nacionales como entes contradictorios y a la burguesía nacional como aliada de aquél. La lucha debería librarse en tres frentes de clase, encontrando su *elemento social más revolucionario* en el campesinado del noroeste del país. El único medio alternativo para la transformación estaba en la *crítica de las armas*: se introducía en el discurso pasadopresentista la apelación a la lucha armada como instancia histórica decisiva.

El acercamiento de la revista al planteo revolucionario se concretó por una doble vía convergente: el pensamiento marxista italiano y la prédica de la revolución cubana. La primera línea destacaba la inserción de los intelectuales; la segunda, introducida con posterioridad, señalaba: "Se puede afirmar sin embargo que, dada la dispersión y el aislamiento de la población rural y las dificultades para concentrarla en sólidas organizaciones, conviene iniciar el movimiento por los grupos intelectuales".¹⁰

En el número 7-8 de *Pasado y Presente* se publica un extenso artículo de Régis Debray, "El castrismo: La gran marcha de América Latina";¹¹ en el que se analizaban las probabilidades de éxito que tenían los movimientos revolucionarios en esta parte del continente en función de las tentativas previas realizadas en distintos países. Esta aproximación a los problemas estratégicos para el desenvolvimiento de la lucha armada señalaba el deseo de capitalizar la experiencia cubana a través de un examen que hacía hincapié en las diferencias características nacionales. Debray construía un paralelo entre la afirmación del leninismo durante los acontecimientos de 1905 y la triunfante revolución cubana que significaría la exitosa implantación de la lucha armada en América Latina.

Pasado y Presente puede ser acusado de ecléctico por sus cruces discursivos. Sin embargo no creemos que se trate de un *collage* sino del resultado de presiones rastreables dentro del grupo. El fenómeno cubano obraba como catalizador de voluntades dentro de la franja intelectual. No podemos desconocer que hubo contactos entre estos y miembros de los movimientos armados que pretendían hacer pie en el noroeste argentino con el objeto de apoyar las acciones del Che en Bolivia. La revolución armada como vía salvífica del Tercer Mundo también llegaba a *Pasado y Presente*.

10.- José Aricó, "Examen de Conciencia", en *Pasado y Presente*, Nº 4, Córdoba, 1964.

11.- Régis Debray, "El castrismo: La gran marcha de América Latina", en *Pasado y Presente*, nº 7-8, Córdoba, 1965.

La revista y la cultura

En la revista es perceptible el *continuum* trazado entre política y cultura. De allí que uno de los objetivos fundamentales fuese el de otorgarle un espacio y una legalidad a todos aquellos bienes simbólicos que no lo habían tenido hasta ese momento en el circuito cultural del Partido Comunista.

Schmucler confrontó las diferentes concepciones estéticas acerca del problema del testimonio y el realismo en la literatura. Refutaba el planteo lukacsiano que afirmaba que el escritor *realista* penetra en la esencia de la realidad en tanto que el *naturalista* se contenta con la descripción de lo que ve. Y sostenía que existía “alguna razón por la cual fija la atención en el fenómeno” y que, contrariamente a lo sostenido por Lukacs, la obra de arte era portadora de lo real y dependía de su valor artístico su sensibilidad para reflejarlo. Acudía a distintos pensadores italianos como Antonio Gramsci, Galvano della Volpe y Luca Canali para fundamentar su posición: “La aprobación o condena de un artista no puede prescindir de los resultados artísticos de su producción. Si estos han sido alcanzados carecerá de valor toda crítica a la ideología abstracta, pues cualquiera haya sido, en el nivel concreto de la obra habría sido superada para *iluminar* una parte más o menos amplia de la ideología o de una actitud decadente, pero no la existencia real de artistas decadentes”. Evidentemente el discurso pasadopresentista había sido permeable a una fuerte tendencia a la revisión que liberaba al arte de las versiones stalinistas. Al respecto así se había expresado la revista *Cinema Nuovo*: “En este punto debemos rechazar el probable equívoco de que se quiera negar el valor expresivo a las obras cuyos *contenidos* no coincidan o estén en franca oposición con nuestra ideología”.¹² Lo revolucionario, fuera en lo estético o en lo político, no tenía por qué estar reñido entre sí.

El prólogo a la edición castellana del libro de Galvano della Volpe, *Crítica de la estética romántica*, escrito por Raúl Sciarreta, permitió a Schmucler confrontar la nueva estética elaborada por el autor italiano con la pobreza y achicamiento que, sostenía, caracterizaban el discurso del PCA: “¿por qué hacer creer al lector que el materialismo histórico necesita cristalizar tanto, rebajar a tanta chatura los términos del problema para poder salir airoso de su comparación?”¹³ Criticaba el maniqueísmo de Sciarreta que pretendía descalificar otras corrientes prescindiendo de análisis fundamentados que le permitieran acceder a la densa trama del problema estético, como lo hacía el estudio de della Volpe. La polémica que había generado en gran medida el alejamiento del grupo *Pasado y Presente* del PC seguía siendo objeto de debate.

En el último número de la revista, Schmucler buscaba formular “un juicio a la literatura”, a través de la crítica a *Rayuela*. Se pretendía desarmar al lector, cambiar el juego colo-

12.- Guido Aristarco, El mito de los monumentos y actualidad de su revisión, en *Cinema Nuovo*, nº 1, Buenos Aires, 1964, pág.4.

13.- Héctor Schmucler, “Hacia una nueva estética”, *Pasado y Presente*, núm. 5-6, 1964, pág. 93.

cándolo en el lugar del autor. Desbaratar la trama, cambiar la urdimbre, “especie de pedido de cuentas dirigido agresivamente al lector para descubrirlo”. ¿Cuál era el objetivo perseguido?: al escapar de los esquemas habituales, se transforma, por pura presencia, en alegato antiliterario que, paradójicamente, utiliza la literatura (violentándola) para negarla y rescatarla a la vez”.¹⁴ ¿No había cierta semejanza entre lo planeado por Cortázar y lo perseguido por *Pasado y Presente*? Ambos explicitaban su deseos de subvertir los órdenes establecidos. Pretendían (Cortázar-lector, *Pasado y Presente*-ortodoxia) exigirles todo lo que pudieran dar para transformar la realidad. Ambos desafiaban a participar en el mismo riesgoso juego: aceptar lo dado tal como estaba o experimentar a través de la combinación del material, de forma que la crónica se transformara en historia. También para Cortázar la literatura podría muy bien dejar de ser “ese aburrido cuerpo de doctrina donde todo estaba ya dicho y lo único que se requería de nosotros era memorizarla”. En cambio, se proponía “desmontar esta apariencia de humanidad para, después de conocer los no, iluminar el abismo de los sí”.

Curiosa década la de los sesenta: desbordante de optimismo ante una *lanterne* que promecía luchas y muertes. ¿Eran muy ingenuos al pensar que eso no importaba porque estarían enrolados en el bando ganador? Schmucler hablaba de la derrota triunfal de *Rayuela*. Aricó, refiriéndose a la trayectoria del grupo decía que “creyó en la posibilidad de impulsar un proceso de renovación ideológica y práctica desde el interior de una estructura que se les presentaba como anacrónica y momificada, y que fracasó, aun cuando paradójicamente en su fracaso residía quizás la condición para una futura victoria”.¹⁵ ¿Cómo no pensar aquí en la trayectoria del mismo Aricó? Como un Sísifo condenado por los dioses, se vio obligado por la realidad latinoamericana a rodar constantemente proyectos político-culturales que le permitiesen pensar las casi infranqueables circunstancias en las que le tocó vivir.

“Dejo a Sísifo al pie de la montaña. Se vuelve a encontrar siempre su carga. Pero Sísifo enseña la fidelidad superior que niega a los dioses y levanta las rocas. El también juzga que todo está bien. Este universo en adelante sin amo no le parece estéril ni fútil. Cada uno de los granos de esta piedra, cada trozo de mineral de esta montaña llena de oscuridad forma por sí solo un mundo. El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llegar al corazón de un hombre. Hay que imaginarse a Sísifo dichoso”.¹⁶

14.- Héctor Schmucler, “Rayuela: Juicio a la literatura”, *Pasado y Presente*, n° 9, 1965, pág. 30.

15.- José Aricó, “Examen de Conciencia”, *op. cit.*, pág. 24.

16.- Albert Camus, *El mito de Sísifo*, Buenos Aires, Losada, 1982.